

PASTORAL Y CATEQUESIS DE LA EUCARISTIA \*

Con este título acaba de publicarse un voluminoso libro que viene a ser la meta de la investigación de su autor, desde sus estudios en el Instituto Catequético de París, hace ya diez años, hasta el día de hoy.

El movimiento litúrgico español saludará con gozo esta obra, enderezada a orientar a pastores y catequistas en la pastoral y catequesis de la Eucaristía. A quienes interese bibliografía abundante e incluso indicación de las páginas más sugestivas, hallarán aquí, sobre todo en las notas de pie de página, las referencias bibliográficas concretas de lo escrito en estas últimas décadas sobre el tema en cuestión.

Si quisiéramos ofrecer una visión general, previa a exposiciones posteriores más analíticas, diríamos que en este libro se ha pretendido complementar catequísticamente las exposiciones meramente teológicas que han constituido en estos últimos tiempos, de modo ordinario, la formación eucarística de pastores y catequistas. Frente a la concepción tradicional de la teología que investiga cómo se realiza en su esencia el misterio, se pide aquí mayor atención a otros aspectos: valor simbólico, de la Eucaristía, mayor atención hacia ciertos aspectos que los esencialistas consideran accidentales; significación de los elementos personales de la celebración, tales como el sacerdote, ministros, asamblea; partes diversas de la celebración, etc. En otros términos, no sólo atención a la teología de la Eucaristía, sino también a su liturgia.

---

\* José J. RODRIGUEZ MEDINA, F. S. C., *Pastoral y Catequesis de la Eucaristía. Dimensiones modernas*. Colección «Nueva Alianza», 20, Ediciones San Pío X. Salamanca-Tejares. Ediciones Sígueme, Salamanca, 452 pp., 22 x 14 cms., 160 pts.

Para llegar a las conclusiones finales, J. Rodríguez Medina ha realizado paciente examen crítico de un número considerable de tratados y artículos de pastoral y de liturgia, catecismos, devocionarios e incluso tratados más propiamente teológicos. Esto le ha exigido revisar numerosas obras, escritas en el tiempo que se extiende desde el concilio Vaticano I al II, atendiendo de modo especial a la evolución sufrida por el pensamiento eucarístico a lo largo de la última centuria.

El contenido general de la obra comprende cuatro partes fundamentales, subdivididas en capítulos, que son 12 en total. La primera parte estudia la estructura externa de la misa tal y como la ha presentado la pastoral y catequesis. El autor demuestra el itinerario seguido, desde la misa reducida pastoralmente a la consagración y comunión sin atención a la palabra, hasta la situación actual en que la palabra y el sacrificio se relacionan dialécticamente como principios constitutivos de la Eucaristía. También se estudia en esta primera parte la evolución sufrida por la presentación de la misa según sus coordenadas de liturgia, sacrificio y presencia. Termina con un apartado a modo de conclusión lógica: si la misa ha de considerarse según estos tres factores, toda limitación a uno de ellos traiciona la realidad eucarística en cuanto acción total. El *opus operatum* sin el *opus operantis* no responde a la concepción genuina de la Eucaristía.

La parte segunda se refiere al contenido de la Eucaristía. También ~~aquí~~ la evolución es evidente: desde no ver prácticamente más que la comunión, hasta concebir la misa como totalidad; desde la misa como sola representación de la Muerte de Cristo hasta la Eucaristía como renovación global de todo el misterio pascual. En él se integran su Muerte, Resurrección, Ascensión e incluso en cierto modo toda la historia de nuestra salvación. Nos enfrentamos en la misa, más que con un misterio determinado, con la síntesis de todos los misterios cristianos.

La parte tercera se ocupa exclusivamente del aspecto litúrgico de la Eucaristía. Empieza con unas enjundiosas reflexiones sobre el valor humano y religioso que poseen los signos o, mejor aún, de todo cuanto puede englobarse dentro del concepto de significación. Esta es la forma más rica del encuentro del hombre con las realidades que le rodean, en especial con las sobrenaturales. El hombre, significándose, se dice. En el culto, Dios ha encontrado en los signos la forma de decirse o comunicarse al hombre. De ahí que los signos litúrgicos, en cuanto signos, deben ser objeto de constante atención por parte de la reflexión teo-

lógico-litúrgica y de la pastoral sacramental, ya que en ellos se significa y alimenta la fe de la comunidad cristiana.

El profesor Medina estudia los signos de la misa en particular: palabra, ofertorio, canon y comunión. Las 60 páginas dedicadas a la palabra son particularmente sólidas. En ellas se sintetizan las funciones que la pastoral ha asignado en estos últimos tiempos a la palabra. Se da una síntesis panorámica de las opiniones de los teólogos sobre la relación entre palabra y sacramento. Esta función de la palabra subraya la importancia, cada día más actual, del ministerio catequístico como introductor de la comunidad cristiana en el misterio del culto.

En la cuarta y última parte se recogen las consecuencias catequístico-pastorales de toda la obra. Constituye un centenar de páginas que resumen las orientaciones actuales sobre la enseñanza, catequesis y pastoral litúrgicas. Se indica de forma pedagógica tanto los principios de educación litúrgica como las formas concretas de tratar el misterio eucarístico a la hora de convertirlo en palabra, conceptos y actitudes religiosas.

Esta última parte (pp. 315-420) es la más directamente catequística: sobre las bases ideológicas colocadas a lo largo de la obra, el autor ha querido trazar para catequistas y responsables de la pastoral litúrgica, las vías pedagógicas más convenientes. Les serán muy útiles cuando se dirijan a los fieles en la comunidad parroquial, formen los grupos litúrgicos en los centros escolares o impartan a los niños en las aulas la catequesis de la Eucaristía. Se dan orientaciones sobre los errores pedagógicos o teológicos en que pueden incurrir los catequistas a la hora de reducir a conceptos, palabras y expresiones la doctrina eucarística.

Llama la atención en esta última parte la insistencia del autor en la experiencia litúrgica, realidad subrayada sobre todo en estos últimos tiempos, tanto en los escritos privados como en los directorios litúrgicos. Todo ello responde al peligro de escolarización que acecha de modo especial a los centros escolares: junto a exposiciones doctrinales de la Eucaristía, a veces enfocadas correctamente, perviven formas pobres e incluso condeñables de celebrar el misterio. Sucede que en el catequizando se da una especie de inflación verbal, en abierto contraste con la pobreza religioso-litúrgica de la celebración misma.

Esta falta de «testimonio litúrgico» vuelve existencialmente inasimilable y por lo mismo casi inútil la catequesis eucarística.

A la hora de dar un juicio global de cada una de las cuatro

partes, nos parece que continúa en vigor el comentario de Don Casiano FLORISTAN el día de la defensa de esta tesis en la Universidad Pontificia de Salamanca: «Los capítulos I y II son los más laboriosos; el cap. III, el más denso; el IV, el más asimilable pastoralmente. Existe una progresión ascendente en interés, contrariamente a lo que suele suceder en el proceso de un libro».

A la hora de establecer algunas sugerencias críticas, se nos ocurren las siguientes:

En varias páginas aparecen cuadros con porcentajes numéricos, representativos de formas de concebir la catequesis de la Eucaristía en determinadas épocas. El autor afirma repetidamente que son sólo sondeos y no calificaciones matemáticas. Queda aún en pie nuestra duda: ¿Fueron necesarios tales cuadros, o hubiese bastado apreciaciones globales, bien fundamentadas, sobre determinadas formas de concebir la pastoral y catequesis de la Eucaristía?

Nos preguntamos, en segundo lugar, si el material reunido representa la situación concreta. Creemos que a grandes rasgos se pueden aceptar las afirmaciones a que conducen los documentos citados; pero sospechamos que ciertos documentos bibliográficos omitidos hubieran sido más representativos que otros de menor importancia, citados incluso con cierta reiteración.

Nos parece, finalmente, que se dan repeticiones excesivas de las mismas citas en capítulos diferentes e incluso en un mismo capítulo. El autor nos advierte al principio que son necesarias. Creemos, con todo, que pudieron reducirse.

Señalamos la existencia de algunas erratas tipográficas. Son inevitables en una obra tan rica en documentación, con más de dos mil citas en media docena de lenguas.

La obra, en su género, es excelente. Para el catequista en concreto, como para los sacerdotes, constituye un instrumento precioso de información y formación. Su lectura reposada le conducirá a un pensamiento sólido y bien fundado sobre las actuales dimensiones de la pastoral y catequesis de la Eucaristía.

Ignacio MENGES.

### IMPRESIONES SOBRE EL CONGRESO INTERNACIONAL DE TEOLOGIA

El pasado otoño ha sido pródigo en reuniones y congresos teológicos. Además de las jornadas periódicas de todos los años tales como las *Journées Bibliques* de Lovaina o la *Settimana Biblica* italiana (que este año ha sido objeto de un discurso del Papa) han tenido lugar congresos internacionales de gran importancia: *Congreso Internacional de Ejercicios* (Loyola, 16-27 agosto), *Coloquio Teológico Internacional* (Madrid, 19-24 septiembre), el VII Centenario del nacimiento de Escoto con su gran *II Congreso Internacional de la Escolástica*, celebrado en Oxford-Edimburgo en septiembre, etc. Pero entre todos estos congresos, encuentros y celebraciones, la palma se lleva el gran CONGRESO INTERNACIONAL DE TEOLOGIA DEL VATICANO II celebrado en Roma los días 26 de septiembre al 1 de octubre de 1966. Ya la prensa diaria y los semanarios han informado con abundancia sobre este Congreso. No obstante ofrecemos una breve crónica para los lectores de «SINITE» fijándonos más bien en las características y orientaciones que resultan más importantes como resultado duradero de aquel *Vaticanino* teológico, como algunos lo llamaron por referencia al Concilio Vaticano II.

#### *La preparación.*

Ya en el número del «Osservatore» del 28-29 mayo de 1965 se había anunciado el plan de reunir un Congreso Teológico en Roma para fines de septiembre de 1966. Pero la noticia —o más bien el proyecto— pasó casi desapercibido entre las numerosas noticias y anuncios del último período conciliar, y el hecho es que, fuera de los centros romanos, muy pocos sabían en qué

punto estaba aquel proyecto. Mas de pronto, y en pleno período de vacaciones, se difunde la noticia de que el Congreso se va a celebrar. Muchísimos teólogos y profesores se enteraron de la noticia cuando regresaban de sus vacaciones. Buen indicio de este estado de cosas es el caso del Coloquio Teológico Internacional de Madrid que podría haberse organizado de otro modo, de conocerse previamente los planes de Roma. Así, una buena parte de profesores que se habían anunciado para Madrid o habían anunciado ponencia, desistieron de venir a España a causa del Congreso Internacional. No obstante hay que confesar que el Coloquio de Madrid y el Congreso de Roma tenían temario y finalidades diferentes y no se repitieron. En cuanto a la información facilitada a los teólogos españoles es de elogiar la rapidez y la amplitud con que «Ecclesia» puso en conocimiento de todos el amplio temario del Congreso traduciéndolo directamente del texto romano.

En cuanto a la preparación del temario y los diversos ponentes se han publicado numerosos reparos. Se ha subrayado también la parte directa que el Papa tuvo en la orientación general del Congreso. Para cuantos desconocen las etapas previas en que se llevó a cabo la elaboración del mismo, el documento más importante es la carta que el Papa dirigió al Cardenal Pizzardo para su lectura en la sesión de apertura. En aquel documento había una nota de insistencia. Y la insistencia se centraba en los temas a estudiar y el método. Los temas habían de ser los del Concilio, y el espíritu el que presidió al Concilio cuando elaboró los documentos que ahora se ponen en manos de los teólogos para su estudio. Que la tarea del Congreso no se veía muy fácil cuando fue programado aparece también claro en las llamadas insistentes a la caridad con que termina el documento. «Cualquiera que sea la diversidad de opiniones que caracteriza a los participantes en el Congreso, será empeño sagrado para todos nunca separar el servicio de la verdad del deber de la caridad cristiana». Desde los primeros días se notaba en el ambiente el influjo de estas insistentes consignas del Papa. El gran lienzo de Pablo VI parecía recordar en cada momento a los congresistas, en aquella su actitud de hombre profundamente religioso y responsable de toda la Iglesia, las consignas firmemente transmitidas a los teólogos y esta espiritual presencia del Papa actuó profundamente en las conciencias para que el Congreso resultase lo que debía ser según la voluntad de Pablo VI.

## Crónica.

Se abrió el Congreso con los saludos del *Card. Pizzardo, Garrone y el P. Dhanis*. La ponencia central la tuvo el conocido teólogo romano *Pedro Parente* sobre el misterio de la Iglesia a la luz de la doctrina sobre la unión hipostática y el Cuerpo Místico. Por la tarde se volvió al tema central del misterio de la Iglesia con la hermosa ponencia de *Mons. Colombo* sobre el misterio de la Iglesia en el misterio de la historia de la salvación. Un tema y un problema perfectamente programáticos en la teología naciente inmediatamente después del Concilio. Sus puntos de vista sobre la universalidad y la historicidad de la Iglesia en su misión salvadora resultaron iluminadores para la comprensión del misterio de la Iglesia expuesta por el Concilio. Un estudio del profesor *Moersdorf* sobre la colegialidad y la estructura jerárquica completó la serie de conferencias del primer día. En torno al tema central se presentaron interesantes comunicaciones como las del jesuita español *P. Alfaro* y los teólogos *De Lubac, Schillebeeckx, Gill*, etc.

El segundo día —27 sept.— se continuó con el tema de la Colegialidad y el tema mariológico en sus relaciones con la doctrina de la Iglesia. Las conferencias sobre colegialidad estuvieron a cargo de *Maccarrone y Salaverri* con comunicaciones de *Lat-tanzi, Javierre*, etc. El tema de María lo abordó el conocido escritor belga *P. Braun*, seguido por el *P. Balic*. La tarde del mismo día 27 se abordó el tema litúrgico, desde el punto de vista de la presencia de Cristo en el acto cultural. La ponencia principal la tuvo el benedictino *P. Neunheuser*, mientras continuaban en las salas de las comunicaciones las ponencias sobre el misterio mariano a cargo de los *PP. Aldama, Bertetto y Semmelroth*. La doctrina litúrgica la ampliaron las comunicaciones de *Martimort, Jungmann, Ciappi y Duda*.

El día 28 se empezó con una exposición sintética sobre la doctrina de la presencia de Cristo en la comunidad cultural a cargo del *P. Rahner*, y se pasó inmediatamente al tema de las Misiones con una ponencia fundamental del jesuita *P. Masson*. Las comunicaciones de los *PP. Seumois, Metodio de Membro y Loffeld* y el *Sr. Mulders* desarrollaron aún más la doctrina misional. En referencia al tema misional se presentaron interesantes ponencias sobre la relación entre las religiones no cristianas y la historia de la salvación. *Rossano, Papali y Brechter* desarrollaron este tema que en la teología postconciliar va adquiriendo una importancia cada vez más grande.

La tarde del día 28 se abordó el tema bíblico. Primeramente una exposición clara del *P. Alszeghi* sobre el tema de la historia de la salvación, seguida de la conferencia del *P. Benoit* sobre la verdad bíblica. Las ideas sobre la Historia de la salvación fueron profundizadas en las ponencias de *Trapé, Ratzinger, Vagaggini, Loehrer*. Puntos más interesantes sobre la misma historia, tales como el pecado original o los comienzos de la Iglesia en *Hechos* fueron estudiados por los *PP. Dupont, Flick, Martini, Koch*, mientras el *Can. Coppens* subrayaba los aspectos claros y oscuros de la *Dei Verbum* sobre la verdad de la Biblia.

El día 29 se centró la atención en el problema de la Tradición y la Escritura y la doctrina sobre la libertad religiosa. El *P. Betti* estudiaba el tema de la Tradición mientras el *P. Courtney Murray* exponía la doctrina sobre la libertad religiosa. Fue este tema de la libertad religiosa donde más se avivó la discusión, pero sin que se rebasaran los límites señalados en la carta del Papa. Entre las comunicaciones, los *PP. Boyer y Holstein* y el *Sr. Lengsfeld* volvieron sobre la Tradición, mientras el *P. Lio, Fuchs y Jiménez Urresti* desarrollaron el tema de la libertad religiosa, lo mismo que *Wright* en su conferencia de la tarde.

El *P. Chenu* inició en la mañana del mismo día 29 el tema del Diálogo con el mundo. Lo reanudó por la tarde el *P. Congar*. Así se introducía, sin solución de continuidad con los temas del día, este punto importante de la doctrina conciliar.

El día 30 el *P. Daniélou* concluyó en su conferencia de las 9 de la mañana el tema del diálogo. A continuación el *P. Hamer* inició el tema del ecumenismo. Las sesiones de esta mañana fueron presididas por el Cardenal Bea, recién llegado, con visibles muestras de profundo cansancio, de su viaje a Frankfurt para recibir el premio de los libreros alemanes. *Vodopivec, Eldarov, Dejajve y Corr* presentaron comunicaciones sobre el tema del ecumenismo, que iba a ser el tema de la conclusión del Concilio. Efectivamente, la tarde del 30 no hubo sesión a causa de la proyección de la película «La Biblia» que su productor *De Laurentis* ofrecía a los congresistas.

La mañana del día 1 de octubre, misa concelebrada en el altar de la confesión de san Pedro. Celebrante principal: *Cardenal Florit*; Homilía, *Dino Staffa*. A las 10,30, audiencia papal con el discurso que ya han publicado los semanarios y diarios. La tarde del sábado 1 de octubre, una última conferencia de *Thils* sobre ecumenismo seguida de la del *Card. Florit* sobre la suerte de la Teología después del Concilio. Te Deum y clausura.

### *Asistentes.*

Si el Congreso de Roma ha sido un gran congreso, lo ha sido en parte, por el número e importancia de los asistentes. Hubo invitados como los protestantes *Barth* que asistió a la conferencia de *Rahner*, y *Max Thurian* que no perdió ni un solo acto, incluso la misa concelebrada en el Vaticano a la que asistió revestido de su blanco hábito de monje de Taizé cuya Comunidad representaba como teólogo. Hubo muchos participantes. Ilustres participantes. Casi todos los grandes y prestigiosos teólogos católicos. En este sentido, un encuentro personal con tantas ilustres personalidades resulta de por sí enormemente interesante y espiritualmente enriquecedor. Así es razonable hablar de una ecumenidad de teólogos.

### *Reflexiones.*

Y vengamos al punto de las reflexiones.

La importancia y la originalidad de este Congreso no se han de buscar en la novedad de las teorías allí presentadas ni en la profundización o prolongación investigadora de las verdades afirmadas en el Concilio. Casi todos los que allí hablaron eran personalidades ya hechas, cuyas ideas y aportaciones teológicas son ya del dominio público por haber sido expuestas en libros y trabajos ya publicados por sus autores. Tampoco su fuerza residió en la crítica de posiciones viejas o nuevas, o en la audacia de proposiciones nuevas, o señalación de rutas nuevas a la Teología. En este sentido apareció bien claro el poco espacio de libertad que le queda al teólogo como tal cuando se ve obligado a trabajar teledirigido y reducido a unos determinados límites metodológicos previamente impuestos por la responsabilidad superior del Magisterio.

En este Congreso los teólogos han trabajado como encargados por el Magisterio para hilvanar en un sistema coherente las verdades proclamadas en el Concilio o para exponerlas con claridad y método. Esta impresión de encargo, de misión o tarea confiada apareció a todo lo largo del Congreso. Y la fidelidad con que los teólogos lo cumplieron daba también la idea de que aún no se hallan habituados a proceder como un grupo compacto con misión especial en la Iglesia. Cual si no hubiesen hallado el camino y los estatutos propios de su oficio. Cual si no supieran o no se atrevieran a hacer uso de la libertad que su carisma en la Iglesia

les otorga. Excesivamente influenciados por el período conciliar con sus obligadas represiones. Obligados a ejercer un carisma funcional frente al Magisterio que les impone más o menos conscientemente las rutas de su investigación. Desentrenados para saber usar de la libertad del don de sabiduría e inteligencia con que el Espíritu les ha enriquecido para la edificación del Cuerpo de Cristo. Todo esto hacía pensar en que la función teológica en la Iglesia espera aún tiempo para llegar a conquistar su propio auténtico puesto en la Iglesia, en una gran sumisión a la Iglesia y el Magisterio, pero también en una gran fidelidad a la verdad en sí y a la vocación del servidor de la palabra de Dios.

El discurso del Papa al final del Congreso resultó altamente aleccionador. De rechazo hacía comprender la gran importancia que el Santo Padre concedía al Congreso. En efecto, el hecho de que interviniera personalmente mediante una Carta de apertura y un discurso de clausura daba a entender bien a las claras el gran relieve que, en su criterio de responsable supremo de la Iglesia de Dios, tiene la misión del teólogo. El discurso bien puede pasar como la pieza teológica clave para estructurar la «teología» de la Teología en la Iglesia. No faltaron frases de elogio al oficio de hacer teología. No faltaron tampoco llamadas y toques de atención sobre los peligros que a la Teología le acechan en la actualidad. En suma: una obra perfecta de equilibrio del maestro de maestros en la Iglesia, que enseña a los que tienen oficio de enseñar.

Un gran mérito del Congreso ha sido realizar una selección de temas teológicos que en la ingente masa de los documentos conciliares se convierten en la espina dorsal de la Teología que va a hacerse a partir del Vaticano II. Los diez temas sometidos al examen del Congreso se convierten en algo así como los diez mandamientos de la Teología Conciliar, o las diez tesis fundamentales de la Teología que piden las generaciones jóvenes que han vivido el Concilio, o los diez temas claves cuyo desarrollo y eficaz aplicación espera el mundo actual: Helos aquí: 1) El Misterio de la Iglesia; 2) El Episcopado colegial; 3) La Virgen María; 4) La Liturgia como presencialización misteriosa y sacramental del Señor; 5) Las Misiones y la posición de la Iglesia frente a las demás religiones; 6) La Historia de la Salvación como nueva categoría teológica para repensar y renovar toda la enseñanza de la Teología; 7) La Biblia; 8) La Libertad religiosa; 9) El Diálogo con el mundo moderno; 10) El Ecumenismo.

El fijar la atención de los numerosos teólogos y profesores de Teología participantes en el Congreso con estos diez temas; el darles a comprender su función de categorías imprescindibles que van a jugar en la próxima Teología a elaborar; el hacerles caer en la cuenta de la importancia que dichos puntos que tienen en la inmediata enseñanza de la Teología a que están comprometidos por su oficio, es ya un importante resultado del Congreso. Los que han tomado parte en el Congreso tienen conciencia clara de la dirección hacia la cual se va a orientar la Teología Conciliar. Y no solamente les ha dado esta clara conciencia sino que las conferencias, las comunicaciones que han escuchado, las discusiones en que han tomado parte, las conversaciones de los pasillos, los apretones de manos y breves saludos a las grandes personalidades que han conocido y con las cuales han tomado contacto inmediato y personal les ha dejado una experiencia viva de esta realidad y ha producido en ellos la impresión de sentirse instalados en una nueva era teológica, y se han visto en cierto sentido existencialmente comprometidos y empujados a entrar por esa vía del porvenir.

En el fondo, la escala de valores para medir la verdad y los efectos de un congreso no está aún elaborada. Por eso es difícil pesar y medir un encuentro humano de estas dimensiones como ha sido el Congreso Internacional de Teología. Pero todos cuantos han tomado parte en él tienen seguramente la conciencia de haber vivido algo importante y de sentirse ya instalados en un mundo de pensamiento cristiano bastante diferente de los años precedentes.

Antonio María ARTOLA, C. P.  
*Salamanca. Zumárraga*